

LA CASA DEL GATO QUE PELOTEA

DEDICADO Á LA SEÑORITA MARÍA DE MONTHEAU

Hacia la mitad de la calle Saint-Denis, casi en la esquina de la del Petit-Lion, existía, no ha mucho, una de esas preciosas casas que ayudan á los historiadores á reconstruir por analogía el antiguo París. Multitud de jeroglíficos parecían haber sido pintorreados en las ruinosas paredes de la tal casucha. ¿Qué otro nombre podía dar el callejero á las X y V que, por medio de sencillas grietas paralelas, dibujaban en el estuco de la fachada los maderos transversales ó diagonales? Era indudable que todas aquellas vigas tenían que temblar al paso del carruaje más ligero. Remataba el venerable edificio en tejado triangular, del que antes de poco no habrá modelo en París. El alero de este tejado, torcido por la crudeza del clima parisiense, sobresalía tres pies hacia el arroyo, tanto para resguardar de las lluvias el umbral de la puerta como para proteger las paredes de una buhardilla y su tragaluz. Este último piso había sido construído con tablas clavadas y superpuestas en la misma forma que se superponen las pizarras de un tejado, con el propósito sin duda de no recargar construcción tan frágil.

En cierta mañana lluviosa del mes de marzo, un joven, cuidadosamente embozado en su capa y colocado bajo el alero de una tienda que había enfrente de aquel viejo edifi-

cio, lo examinaba con entusiasmo de arqueólogo. La verdad es que aquellas ruinas, pertenecientes al vecindario del siglo xvi, ofrecían al observador más de un problema digno de estudio. Cada piso tenía su particularidad: en el primero, cuatro ventanas largas, estrechas y casi juntas, cuyos cuadros inferiores eran de madera, en lugar de ser de vidrio, producían esa claridad dudosa, que da al comerciante facilidad para atribuir á sus telas el color deseado por los parroquianos. El joven miraba desdeñosamente parte tan esencial de la casa y proseguía sus investigaciones. Las ventanas del segundo, cuyas levantadas celosías dejaban ver, á través de los vidrios de Bohemia, unos cortinajes de muselina encarnada, no le interesaron tampoco. Su atención se había fijado en el tercero, en las humildes ventanas que daban paso al aire y á la luz, y cuyas maderas, esculpidas burdamente, merecían figurar en el Conservatorio de artes y oficios para que fuesen allí testimonio de los primeros impulsos de la carpintería francesa. Era tan verde el color de los cristales, que á no estar dotado de tan excelente vista, el joven no habría podido distinguir las cortinas de tela á cuadros azules que ocultaban á ojos profanos el misterio de aquella morada. De cuando en cuando, aburrido el observador de su examen ocioso, ó por el silencio que reinaba lo mismo en semejante mansión que en todo el barrio, llevaba sus miradas á las regiones inferiores. Una sonrisa involuntaria se dibujaba entonces en sus labios, cuando veía de nuevo la tienda, donde se encontraban, en efecto, las cosas más risibles. Una inmensa viga de madera, apoyada horizontalmente sobre cuatro pilastras que parecían doblarse bajo el peso de aquella construcción decrepita, había recibido tantas capas de pintura como colorete la mejilla de cualquier duquesa jamona. En medio de aquella larga viga de grotesco esculpido veíase un cuadro antiguo, una muestra representando un gato que se entretenía en jugar á la pelota. La tela en cuestión era precisamente lo que hacía sonreír al joven. Pero es oportuno añadir que el más ocurrente de los pintores modernos no inventaría cosa tan cómica. Sostenía el animal en una de sus manos una raqueta tan grande como él, y se erguía sobre sus patas para contemplar la gran pelota que le tiraba un hidalgo, á quien se pintó luciendo casaca bordada. Dibujo, colores, accesorios, todo era de tal índole, que hacía creer que el artista había querido burlarse

del comerciante y de los transeúntes. Alterada la ingenua pintura por el tiempo, aun era ahora más ridícula á causa de ciertos rasgos dudosos que mareaban á los observadores concienzudos. Así, la mosqueada cola del gato era tan grande, gruesa y bien provista, que, habiendo quedado separada del resto del cuerpo, parecía más bien que cola un espectador que contemplase el juego del gato. A la derecha del cuadro, en campo azul, que disfrazaba imperfectamente la suciedad de la madera, leíase GUILLAUME; y á la izquierda, SUCESOR DEL SEÑOR CHEVREL. El sol y la lluvia habían corroido gran parte del oro molido raquíticamente aplicado sobre las letras de dicha inscripción, donde las U reemplazaban á las V, y recíprocamente, conforme á las leyes de la ortografía antigua. Para abatir el orgullo de los que creen que las gentes son cada vez más ingeniosas y que el charlatanismo moderno excede á cuanto puede ponderarse, no hay como observar que tales letreros, cuya etimología parece extravagante á más de un industrial parisiense, son cuadros muertos de representaciones vivas con ayuda de las cuales nuestros traviesos antepasados conseguían atraerse la parroquia. La marrana hiladora, el mono verde, etc., fueron animales enjaulados cuya destreza maravillaba á los transeúntes y cuya educación probaba la paciencia del industrial del siglo xv. Tamañas curiosidades enriquecían más pronto á sus dueños que no los letreros representando las «Providencias», «Buena fe», «Gracia-de-Dios» y «Degollaciones de san Juan Bautista», que se ven aún en la calle de Saint-Denis. Sin embargo, seguramente el desconocido no permanecía allí con el objeto único de admirar aquel gato, puesto que un momento de atención bastaba para que se grabase en la memoria. A su vez ofrecía el joven ciertas particularidades. Su capa, plegada al gusto de las fábricas de paños antiguas, dejaba ver el calzado elegante, tanto más de notar en medio del lodo parisiense, cuanto que llevaba medias blancas de seda, cuyas salpicaduras de barro daban fe de su impaciencia. Salía, sin duda, de una boda ó de un baile, pues en hora tan intempestiva llevaba guantes blancos, y los bucles de sus cabellos negros, desrizados, esparcidos por sus espaldas, iban peinados á lo Caracalla, moda que trajo no sólo la escuela de David, sino la manía por las formas griegas y romanas que caracterizó los primeros años del corriente siglo. A pesar del ruido que hacían algunos hortelanos rezagados

que pasaban á galope para ir al mercado, aquella calle tan bulliciosa disfrutaba entonces de una calma cuyo encanto conocen únicamente los que han vagado por París, desierto á esa hora, en que el ruido, apaciguado por algunos momentos, renace y se oye en lontananza como el sordo murmullo del mar. A los tenderos del Gato debía llamarles la atención aquel joven. La blancura de su corbata realizaba la palidez de su rostro intranquilo. El brillo de sus ojos negros, que se apagaba y encendía sucesivamente, correspondía á los perfiles raros de su semblante, á la boca desmesurada y algo torcida que se contraía al sonreír. Leíase en su frente ceñuda algo de fatal, nuncio de pesadumbres violentas. ¿No es la frente la parte más profética del hombre? Reflexionándose en la del desconocido las tormentas de la pasión, las arrugas se pronunciaban con tal fuerza, que no podían mirarse sin espanto; pero cuando recobraba la calma, turbada con tanta facilidad, respiraba tal gracia y era de tal modo radiante aquella fisonomía, que ejercía poderoso influjo de sugestión, sin que hubiera nadie, por frío que fuese, que lograra permanecer impasible ante quien así descubría los sentimientos de gozo, de pena, de cariño, de cólera ó de desdén. Estaba tan ensimismado y hosco en el momento en que se abrió el tragaluz del desván, que no pudo parar mientes en las tres figuras regordetas y joviales, blancas, rosadas, pero de contorno tan vulgar como las figuras alegóricas del Comercio que vemos esculpidas en algunos monumentos. Las tres caras, encuadradas por la claraboya, recordaban las cabezas de ángel, perdidas entre las nubes que rodean al Padre eterno. La avidez con que los aprendices respiraron el aire libre probaba cuán enrarecida y mística era la atmósfera de su tabuco. El más avisado de los mancebos señaló al singular centinela, y desapareció, volviendo á poco con un instrumento, que antes era de metal duro y ahora se fabrica de goma ó cuero flexible para que sea más cómodo; contemplaron con expresión maliciosa al papanatas á quien rociaron con agua fina y jabonosa, cuyo perfume indicaba á las claras que las tres barbas se acababan de afeitar. Refugiáronse en el interior y se levantaron de puntillas para saborear la cólera de su víctima, pero pusiéronse graves al notar el profundo mohín con que el joven sacudió su capa y el profundo desprecio con que levantó la vista al abandonado boquete. Casi en el mismo momento levantó una mano delicada,

nivea, la parte inferior de uno de los burdos ventanales del tercer piso, corriéndolo por la ranura, cuyo soporte deja escapar á menudo impensadamente el pesado vidriaje que debe sostener. El transeunte vió entonces recompensada su larga espera. Mostrósele la figura de una joven, fresca como esos cálices blancos que florecen en el seno de las aguas, y que apareció luciendo un gorro de muselina arrugada, que daba á su cabeza un aire de encantadora inocencia. Aunque la ropa que vestía era oscura, descubriábase su cuello y el nacimiento de las espaldas, gracias á los descuidos involuntarios del sueño; no alteraba ninguna expresión violenta la ingenuidad del rostro ni la dulzura de los ojos, immortalizados ya por los sublimes pinceles de Rafael; tenía la misma gracia, la propia serenidad de sus vírgenes famosas. Sorprendía el delicioso contraste producido entre la frescura de las mejillas, donde el sueño parecía haber despertado la vida, y entre el viejo y macizo ventanal de forma imperfecta y de repecho obscuro. Como las flores que no han abierto á la aurora sus pétalos cerrados por el frío de la noche, la joven que acababa de despertar dejó que vagasen sus ojos por los tejados vecinos y contempló el cielo; luego, obedeciendo á la costumbre, bajólos á las sombrías regiones de la calle, donde tropezaron con los de su adorador. Sintió, por coquetería sin duda, que la viesen en ropas interiores, pues se retiró con presteza (dando lugar á que el soporte diese una vuelta y la vidriera bajase de nuevo con la rapidez que ha valido en nuestros días una calificación odiosa á este sencillo invento de nuestros antepasados) y la visión se borró. Pensó el joven que habían ocultado de improviso las nubes una de las más brillantes estrellas de la mañana.

Entretanto, desaparecieron, como por arte de magia, las recias maderas interiores que protegían los ligeros aparadores de cristal de la tienda del Gato que pelotea. La vieja puerta, provista de llamador, fué replegada hacia dentro por un criado, á quien se podía creer contemporáneo de la muestra, y el cual fijó con mano temblorosa el pedazo de tela, sobre el que, bordado en seda amarilla, destacábase el nombre de *Guillaume, sucesor de Chevreil*. Difícil cosa fuera para los curiosos acertar con el género de industria en que traficaba el señor Guillaume. A través de los fuertes travesaños de hierro que resguardaban exteriormente su comercio, divisábanse á duras penas infinidad de paquetes

envueltos en tela oscura y tan numerosos como los arenales cuando cruzan el Océano. Pero no obstante la sencillez de la gótica fachada, era, entre todos los comerciantes, el señor Guillaume quien tenía los almacenes mejor provistos, las relaciones más extensas y el crédito á cubierto de la más leve desconfianza. Si alguno de sus compañeros remataba una contrata con el gobierno sin tener el paño pedido, se le veía á él pronto á sacarle del apuro, por considerable que fuese el número de piezas que entrasen en la proposición. Conocía el astuto negociante mil expedientes para calzarse lo más granado de los beneficios, sin tener que humillarse, como ellos, á los protectores, ni verse en la necesidad de obligarles con regalos desmedidos. Si no se le podía pagar más que con excelentes ofertas á largo plazo, proponía á su notario como mediador acomodaticio, y daba con el medio de obtener una segunda maquila del saco; era ya proverbial entre los industriales de la vía Saint-Denis este dicho: «¡Dios nos guarde del notario del señor Guillaume!» cuando se hablaba de un descuento oneroso. Como por milagro apareció sentado sobre el umbral de su tienda el señor Guillaume tan pronto como el sirviente se retiró. Echó una ojeada á lo largo de la calle, contempló curiosamente las tiendas próximas y se puso á observar el tiempo, como si fuese hombre que, desembarcando en el Havre, vuelve á ver, después de largo viaje, su tierra de Francia. Convencido al cabo de que no había ocurrido cambio alguno durante su sueño, fijóse en el invariable centinela, quien á su vez examinaba al patriarca de la pañería, como Humboldt debió analizar el primer gymnote (1) que vió en América. Llevaba el señor Guillaume amplios calzones de terciopelo negro, medias adamascadas y zapatos cuadrados con hebillas de plata: su traje era uniforme: cuadrados los faldones, la casaca y el cuello, y envolvía su cuerpo, ligeramente encorvado, con tela color de ala de mosca que guarnecían grandes botones de metal blanco enrojecidos por el uso. Sus cabellos grises, muy aplanados y bien peinados sobre su cráneo amarillo, le hacían parecer á un campo que se acabara de labrar. Sus ojillos verdes, que parecían haber sido hechos con una barrena, relucían bajo dos arcos descritos

(1) Pez que descubre ciertas propiedades eléctricas y que abunda en las costas de Norte América. (N. del T.)

por un débil tinte rojo á falta de cejas. Las desazones habían dibujado en su frente tantas arrugas horizontales como numerosos eran los pliegues de su vestido. En su figura pálida leíase la paciencia, la discreción comercial y la especie de avaricia hábil que reclaman los negocios. En dicha época abundaban más que hoy las familias del tiempo viejo que conservan á modo de tradición inestimable las costumbres y los trajes característicos de sus profesiones, y que se sostienen en medio de la cultura moderna como los despojos antediluvianos encontrados por Cuvier en las canteras. El jefe de esta casa era uno de los más apegados á las prácticas antiguas. Echaba de menos al preboste de los mercaderes y no hablaba nunca de un juicio en el tribunal de comercio sin referirse á la *sentencia de los cónsules*. Levantándose, en gracia indudablemente á tales hábitos, antes que nadie de los suyos, esperaba á pie firme la llegada de sus tres dependientes para echarles un récipe si se retrasaban. Nada más temible para los discípulos de Mercurio que la sagacidad muda con que el amo estudiaba sus caras y sus movimientos el lunes por la mañana, tratando de sorprender las pruebas ó los signos acusadores de sus escapatorias. Pero el día en cuestión pareció olvidarse de sus aprendices; preocupábase grandemente el motivo que tendría el joven de las medias de seda y de la capa para investigar con sus miradas escrutadoras y pertinaces tanto la muestra como las angosturas de su almacén. Más resplandeciente la luz del sol, permitía ver el despacho enrejado y casi encubierto por cortinas de seda verde, donde se guardaban inmensos librotos, oráculos silenciosos de la casa. El muy curioso forastero parecía codiciar aquel local pequeño, cual si pretendiese obtener el plano del comedor lateral, que recibía la luz á través de una vidriera practicada á la altura del cielo raso y de donde podía la familia, reunida á la hora de comer, fijarse en los más insignificantes incidentes que ocurrieran en la entrada de la tienda. Semejante afición á su feudo tenía que parecer sospechosa á un comerciante que había sufrido el régimen del *máximum*. El señor Guillaume pensaba, pues, y era natural su recelo, que la siniestra figura tramaba algo contra la caja del Gato que pelotea. Después de haber gozado, con apetecible discreción, de aquel duelo silencioso entablado entre su patrón y el desconocido, se aventuró el manco de más edad á colocarse sobre la losa que pisaba el

señor Guillaume, y fué esto por haber visto que el de la calle contemplaba á hurtadillas los ventanales del tercero. Salió al arroyo, levantó la cabeza y pudo distinguir la figura de la señorita Agustina Guillaume que se retiraba precipitadamente. Descontento de la perspicacia de su primer dependiente, miróle el mercader de lanas de un modo oblicuo; pero en seguida se calmaron los temores mutuos que la presencia del transeunte despertaba en el negociante y en el enamorado mancebo. El desconocido detuvo á un simón que se dirigía á un punto próximo y subió con ligereza á él afectando engañosa indiferencia. Respiraron los demás aprendices, aliviados del peso que sentían viendo á la víctima de sus burlas.

—¡Eh, señores! ¿qué hacen ustedes ahí con los brazos cruzados?—dijo el señor Guillaume á sus tres neófitos.—¡Por vida del diablo! cuando yo estaba á las órdenes del señor Chevrel, tenía á estas horas repasadas dos piezas de paño.

—Amanecería más pronto entonces—murmuró el segundo mancebo, á quien tocaba semejante obligación.

El viejo no pudo menos de sonreír. Era verdad que dos de los tres jóvenes puestos bajo sus auspicios por los padres, ricos fabricantes de Louviers y de Sedán, tendrían cien mil francos en cuanto los pidiesen, luego que estuvieran en edad para establecerse por su cuenta; pero Guillaume imaginaba que cumplía con su deber, haciéndoles sentir la férula de un despotismo rancio, que ya no se usa en los brillantes almacenes de nuestros días, donde los dependientes ambicionan ser ricos á los treinta años, y les hacía trabajar como negros. Llenaban por sí solos los tres la tarea que hubiera hecho reventar á diez de esos empleados con cuyo sibaritismo se adornan las columnas del presupuesto. Ningún ruido turbaba la calma de aquella mansión solemne, donde los goznes de la puerta parecían estar siempre untados de aceite, y en que no había mueble, por insignificante que fuese, que no estuviese limpio, con esa limpieza respetable que es anuncio severo de orden y economía. Con frecuencia se entretenía el más travieso de los dependientes en escribir sobre el queso de Gruyere, que se les presentaba á la hora del almuerzo y que ellos se apresuraban á respetar, la fecha de su primera recepción. Estas agudezas y otras parecidas hacían sonreír muchas veces á la más niña de las dos hijas de Guillaume, la linda virgen que acababa de aparecerse al

encantado transeunte. Ninguno de los aprendices se hubiera atrevido, por más que todos, hasta el más antiguo, pagasen fuerte pensión, á permanecer en la mesa del amo cuando se servían los postres. En cuanto la señora Guillaume hablaba de aderezar la ensalada, temblaban los pobres, sabiendo, por experiencia, con qué parsimonia acertaba su mano cauta á derramar el aceite. Cuidado con que pasasen una noche fuera sin haber explicado con mucha anticipación el motivo, que había de ser forzosamente plausible, de semejante irregularidad. Cada domingo y por turno, acompañaban dos de ellos á la familia Guillaume á misa de Saint-Leu y á las vísperas. Las señoritas Virginia y Agustina, vestidas modestamente con trajes de indiana, daban el brazo á cada cual de los mancebos y marchaban delante vigiladas por los ojos perspicaces y vivos de la madre, quien cerraba la pequeña comitiva doméstica al lado de su marido, hecho á cargar con dos devocionarios encuadrados en tafíete negro, obligación que ella le imponía. El segundo de los mancebos no cobraba sueldo. En cuanto al otro, á quien daba derecho su perseverancia y su discreción, probadas durante doce años para ser iniciado en los secretos de la casa, recibía ochocientos francos como recompensa á su laboriosidad. En determinadas fiestas íntimas se le gratificaba con algunos regalos que aumentaban de valor en la seca y rugosa mano de la señora Guillaume. Bolsas de hilillo que tenía buen cuidado de llenar de algodón para que se estimase su trabajo y no el coste del presente; tirantes muy cómodos, pares de medias de seda muy toscas... Alguna vez, pero de tarde en tarde, se le permitía á este primer ministro tomar parte en los goces de la familia, ya cuando salían al campo, bien si se decidía, á vueltas de algunos meses de esperar, á pedir, usando de su derecho y previo el abono de un palco, la representación de cualquier obra que París no recordaba ya. A los demás mancebos les hubiera sido más fácil robar una pieza de paño que romper la augusta valla de respeto que separaba antes al dueño de una pañería de sus aprendices, y que en casa del viejo comerciante estaba sólidamente establecida. Tal reserva puede parecer ridícula hoy; pero en otro tiempo las casas eran escuelas de costumbres y de probidad. Los amos adoptaban á sus aprendices. La ropa blanca de un joven era cuidada, repasada y hasta renovada alguna vez por la señora. Atendíase maternalmente al pobre muchacho

que caía enfermo, y en caso de peligro, el patrón prodigaba su dinero para que le asistieran los doctores más célebres; pues no respondía sólo de las costumbres y de la instrucción de estos jóvenes á sus padres. Si uno de ellos, respetable por su carácter, sufría alguna desgracia, los negociantes de que hablo sabían apreciar la inteligencia que habia aplicado á los negocios y no vacilaban en ofrecer sus hijas á aquel á quien por tanto tiempo habian confiado sus intereses. Guillaume era uno de esos hombres chapados á la antigua, y si tenia todas sus ridiculas preocupaciones, poseía también todas sus cualidades; por eso José Lebas, su primer dependiente, huérfano y sin patrimonio, era, según sus planes, el futuro esposo de Virginia, la hija mayor. Pero José no participaba enteramente de las doctrinas simétricas del amo, quien por todo un imperio no habria casado á la hija segunda antes que á la primera. Al triste mancebo le tenia el corazón robado la señorita Agustina. Para justificar esta pasión, que habia crecido en secreto, es necesario profundizar más aun en los resortes del gobierno absoluto que regía la casa del comerciante en telas.

Tenia Guillaume dos hijas. La mayor, Virginia, era el mismo retrato de su madre. La señora Guillaume, hija del señor Chevrel, se mantenía tan tiesa sobre la banqueta de su mostrador, que no eran pocas las veces que pudo oír apostar á los chuscos si estaba ó no empalada allí. La cara, delgada y larga, denunciaba su carácter devoto hasta la exageración. Sin encantos y sin modales afectuosos, la señora Guillaume adornaba de ordinario su cabeza casi sexagenaria con una gorra que era invariable y que iba guarnecida de cintas como las que llevan las viudas. En la vecindad se le llamaba la señora tornera. Su palabra era breve y sus gestos tenían algún parecido con los movimientos de un telégrafo. Su mirada, clara como la de un gato, parecía reconvenir á todo el mundo, por su fealdad, como si los demás tuviesen la culpa. La señorita Virginia, educada como su hermana, conforme al régimen interior de su madre, frisaba ya en los veintiocho años. La juventud atenuaba el aire de antipatía que su parecido materno daba alguna vez á su rostro; pero gracias al rigor en que se habia educado, poseía dos hermosas cualidades que lo contrarrestaban todo: era dulce y paciente. La señorita Agustina, que no llegaba aun á los diez y ocho, no se parecía ni á su padre ni á su madre. Era una de esas hijas que, por

la falta de todo lazo físico con los padres, hace verosímil este refrán de los mojígatos: Dios da los hijos. Agustina era pequeña, ó, para pintarla mejor, linda. Graciosa y llena de candor, apurado se habria visto quien tratase de reprochar á la encantadora criatura otra cosa que algunos actos mezquinos, ciertas actitudes vulgares y alguna vez molestas. Su rostro taciturno y poco espresivo respiraba la melancolía pasajera que domina á todas las muchachas demasiado débiles para resistir á la voluntad de una madre. Vestidas siempre con exagerada modestia, no les era posible gozar del sentimiento de la coquetería innato en la mujer, sino por un lujo de aseó que les sentaba á las mil maravillas haciendo que armonizasen con los mostradores relucientes, con los estantes donde el criado viejo de la casa no toleraba que hubiera una pizca de polvo, con la simplicidad arcaica de todo lo que se veía alrededor de ellas. Obligadas, por el género de vida que llevaban, á escoger elementos de distracción en la propia labor persistente, Agustina y Virginia no habian hecho hasta entonces más que contentar á la madre, quien se felicitava en lo más íntimo de que tuviesen sus hijas carácter tan perfecto. Fácil es adivinar el resultado de la educación que recibieron. Educadas para la vida del comercio; con la costumbre de no oír más que conversaciones y cálculos tristemente mercantiles; sin otros estudios que los de la gramática, la teneduría de libros, un poco de historia judía, la de Francia en Le Ragois, y no familiarizándose sino con los autores cuya lectura permitía la madre, sus ideas eran insuficientes y limitadísimas: sabían con toda perfección lo relativo al arreglo doméstico; conocían el valor de las cosas; eran duchos en apreciar las dificultades que se presentan para reunir dinero; se pasaban de económicas y miraban con respeto los méritos del negociante. Con ser sólida la fortuna de su padre, eran tan hábiles en hacer zurcidos como en hacer festón; hablaba con frecuencia su madre de enseñarlas á cocinar para que supieran con regla el avío de una comida y no riñesen á la cocinera sin conocimiento de causa. Como ignoraban los goces del mundo y veían de qué modo se deslizaba la vida ejemplar de sus padres, rara vez permitían que volase el pensamiento más allá del recinto del caserón patrimonial, en que se encerraba para la madre todo el universo. Las reuniones que originaban las solemnidades de familia formaban todo el aliciente de sus alegrías terrenas. Cuando el gran salón,

situado en el segundo piso, se abría para recibir á la señora Roguín, á una señorita Chevreil de quince años, menor que su prima y que lucía adornos de diamantes; al joven Rabourdin, subjefe del Banco de Hacienda; al señor César Birotteau, rico perfumista, y á su mujer llamada señora César; al señor Camusot, el más poderoso de los mercaderes en sederías de la calle Bourdonnais, y á su suegro, señor Cardot; á dos ó tres banqueros viejos y á algunas damas irreprochables, los preparativos necesarios, dada la cuidadosa manera con que allí se empaquetaba la vajilla, las porcelanas de Sajonia, los candelabros y la cristalería, solazaban la existencia monótona de aquellas tres mujeres, que no hacían más que ir y venir con tanta agitación como la que hay en un convento de religiosas cuando se espera la visita del obispo. Así es que, cuando por la noche, fatigadas de haber secado, frotado, desdoblado y puesto en su sitio todos los objetos que debían servir para la fiesta, ayudaban las dos muchachas á desnudar á su madre, la señora Guillaume les decía: «¡No hemos hecho nada hoy, hijas mías!» Y cuando en aquellas reuniones solemnes la hermana tornera permitía que se bailase, encerrando las partidas de wistk y de jaquet en su alcoba, contábase tal concesión como una de las venturas más inesperadas, y era comparable la dicha que esto producía á la de asistir á dos ó tres grandes bailes que frecuentaba con sus hijas durante el Carnaval el señor Guillaume. Finalmente, una vez al año daba el honrado pañero una fiesta en que no se economizaba nada. Por acudados y aristócratas que fuesen los invitados guardábanse muy bien de faltar; pues no había casa, por considerable que fuese, que no se viera en la precisión de recurrir al formidable crédito, á la fortuna, ó á la experiencia de Guillaume. Sólo que las hijas de este digno comerciante no recogían provecho alguno, aunque de otro modo se suponga, de las enseñanzas que el mundo ofrece á los espíritus juveniles. Ostentaban en aquellas reuniones, inscritas, por otra parte, en el extracto de vencimientos de la casa, alhajas cuya mezquindad les obligaba á enrojecer. Su escuela de baile no tenía mérito alguno y la vigilancia de la madre no les permitía sostener conversación de otra manera que diciendo sí ó no á cuanto observaban sus caballeros. Después, la ley de la antiquísima muestra del Gato que pelotea les obligaba á encerrarse en casa antes de las once, hora en que las fiestas y los bailes comienzan el período de bullicio y animación. Consiguientemente

era, pues, que sus diversiones, en apariencia ajustadas á las riquezas de su padre, fueran á menudo insípidas por circunstancias que se originaban en las costumbres y en los principios de esta familia. Por lo que toca á la vida común, una sola observación acabará de pintarla. Exigía la señora Guillaume sus dos hijas que se vistiesen muy temprano, que bajasen todos los días á la misma hora, sometiendo sus ocupaciones á una regularidad monástica. Sin embargo, Agustina había recibido un alma bastante elevada para que no sintiese el vacío de tan triste existencia. Alguna vez sus ojos azules trataban de investigar las profundidades de aquella escalera sombría y de aquellos húmedos almacenes. Después de haber sondeado aquella quietud de claustro silencioso, parecía oír á lo lejos confusas revelaciones de la vida apasionada que da á los sentimientos mucho más valor que á las cosas. Y entonces se encendía su tez, y sus manos, quietas, dejaban caer la muselina sobre el roble pulimentado del mostrador. No tardaba la madre en decirle con acento que era siempre áspero, aun en sus tonos más tiernos: «¡Agustina! ¿En qué piensa mi tesoro?» Es posible que *Hipólito, conde de Douglas* y el *Conde de Comminges*, dos novelas que encontró en el armario de una cocinera que había despedido recientemente la señora Guillaume, obras que había devorado furtivamente en las largas veladas del invierno anterior, contribuyeran á desatar las ideas en el cerebro de la joven. La expresión de vago deseo, la voz dulce, la piel de jazmín y los ojos azules de Agustina habían encendido en el alma del pobre Lebas un amor tan violento como respetuoso. Por un capricho del acaso, que se comprenderá fácilmente, Agustina no sentía inclinación alguna hacia el huérfano, quizás porque ignoraba que la amase, y en cambio, las piernas largas, los cabellos castaños, las manos gruesas y el cuello vigoroso del primer dependiente, tenían una secreta admiradora en la señorita Virginia, á quien nadie solicitaba, no obstante sus cincuenta mil escudos de dote. Nada más natural que estas dos pasiones inversas que habían germinado en el silencio de aquel mostrador obscuro, como florecen las violetas en la profundidad de los bosques. La muda y constante contemplación que atraía las miradas de todos estos jóvenes, movidos por un ardiente deseo de distraerse de los trabajos interrumpidos y de la calma religiosa que reinaba allí, debían excitar, más ó menos pronto, los sentimientos amorosos. La costumbre de

ver á la misma persona nos lleva á descubrir insensiblemente las cualidades del alma y concluye por borrar sus defectos.

—Al paso que lleva ese hombre, no tardarán nuestras hijas en tener que rogar á los hombres para coger un novio —pensó el señor Guillaume, leyendo el primer decreto de Napoleón adelantando las quintas.

Y entristecido, viendo que la hija mayor se le marchitaba ya, enfrascóse en el estudio de la solución, hasta que vino á herirle el pensamiento, escarbando en las memorias de sus mocedades, el modo como casó con la señorita Chevre; recordó que él y su esposa se hallaban casi en la misma situación que José Lebas y Virginia. ¡Qué hermoso, casar á su hija y satisfacer al propio tiempo una deuda sagrada, devolviendo á un huérfano los beneficios recibidos de su predecesor en iguales circunstancias! José Lebas, que contaba ya treinta y tres años, no desconocía los obstáculos que los quince de diferencia levantaban entre Agustina y él, y como no le faltaba perspicacia para descubrir los propósitos del señor Guillaume, conociendo como conocía que era inexorable en sus máximas, sabía de sobra que no era posible que consintiese en el casamiento de la hija menor sin tener acomodada á la otra. Devoraba, por tanto, silenciosamente sus amarguras á aquel pobre mancebo cuyo corazón era tan noble, como largas sus piernas y macizo su busto.

Tal estaban las cosas en la pequeña república, establecida en plena calle Saint-Denis y que tanto se parecía á cualquier sucursal de la Trapa. Pero para comprender exactamente los hechos y los sentimientos de que aquí se toma nota, es preciso buscar el hilo de esta historia algunos meses antes del día en que comienza. A la caída de la tarde de un cierto día, detúvose un joven, que pasaba por delante de la tienda del Gato que pelotea, al ver un cuadro que habría atraído á los más renombrados pintores. Como en el almacén no se había encendido luz, presentaba un fondo en que dominaba la penumbra, viéndose dentro el comedor. La lámpara que pendía del techo iluminaba con ese resplandor de día mortecino, que presta tanto encanto á las pinturas holandesas. Ayudaban al contraste entre la luz y la sombra, los matices varios del mantel, de los cubiertos de plata, de las copas y demás accesorios. La cara del jefe de la familia y la de su mujer, los rostros de los dependientes y las formas puras de

Agustina, á dos pasos de la cual destacábase el busto de una muchacha gruesa y moletuda, formaban un grupo tan curioso; eran tan originales estas cabezas, y había en todos los caracteres tan franca expresión; descubriáse tan vivamente la tranquilidad, la apacible y modesta existencia de todas aquellas almas, que hubiera desesperado la visión de tal escena al artista amante de la naturaleza, si tratase de reproducirla como soñada. Era el transeunte un pintor joven que había obtenido, siete años atrás, el premio de honor. Acababa de volver de Roma. Con el alma y los ojos saciados de poesía ideal, de Rafael y de Miguel Angel, estaba sediento de realismo y de naturaleza; acababa de habitar, después de larga temporada, el país exuberante, desde donde el arte ha irradiado sus destellos grandiosos. Falso ó no, tal era su sentimiento íntimo. Entregado por mucho tiempo á los arrebatos de las pasiones italianas, su corazón buscaba ansiosamente una de esas vírgenes sencillas, dulces en su recogimiento, que por desgracia no alcanzó á descubrir, fuera de las idealizaciones de la pintura, mientras habitaba la capital romana. De aquella especie de entusiasmo que le producía el cuadro vívido pasó sin esfuerzo á la admiración por la figura principal: estaba pensativa Agustina y no comía en aquel momento. Daba la luz de la lámpara de lleno en su rostro, y parecía moverse el busto en círculo de fuego, que hacía más vivo el relieve de su cabeza y la iluminaba de modo casi sobrenatural. Comparóla involuntariamente el artista á un ángel desterrado que soñaba con las venturas del cielo. Sintió, mirándola, sensación desconocida, y un amor, puro y ardiente á la par, inundóle el pecho. Después de un rato en que permaneció como agobiado por el peso de sus ideas, salió de aquel goce contemplativo por un supremo esfuerzo de voluntad, volviéndose á casa, y aquella noche no pudo tragar bocado ni dormir. Al día siguiente no se movió de su taller hasta fijar sobre el lienzo la escena mágica que le tenía robados los sentidos, y no se creyó feliz hasta haber conseguido un retrato incorregible de su ídolo. Pasó varias veces por la casa del Gato de la pelota; se atrevió á entrar una vez ó dos, con cualquier fútil pretexto, queriendo ver de más cerca á la encantadora criatura, á quien guardaba amorosamente la señora Guillaume. Durante ocho meses largos, permaneció encariñado con su amor y sus pinceles é invisible hasta para sus íntimos, olvidando el mundo, la poe-

sía, el teatro, la música y sus más caras afecciones. Girodet quebrantó cierta mañana todas las consignas que los artistas conocen y saben burlar, llegó á su cuarto y le despertó, preguntándole: «¿Qué mandas al Salón?» El artista cogió de la mano á su amigo, y arrastrándole al taller, descubrió un cuadro que tenía montado en el caballete y un retrato. Contempló lenta y ávidamente las dos obras maestras, y de improviso saltó Girodet al cuello de su camarada y le abrazó, sin poder expresar con palabras la alegría. Imposible manifestar la reverente emoción de otra manera que así: de alma á alma.

—¿Estás enamorado?—dijo Girodet.

Sabían ambos que los retratos más hermosos de Ticiano, de Rafael y de Leonardo de Vinci eran producto de sentimientos apasionadísimos que, con formas diversas, inspiran las más sublimes concepciones. El interpelado nada repuso é inclinó silenciosamente la cabeza sobre el pecho.

—¡Feliz tú que amas así al volver de Italia! Pero te aconsejo que no envíes tus obras al Salón—adujo el gran pintor.—Ahí tienes lo que son las cosas; tus dos cuadros no alcanzarían la ventura de ser comprendidos. Esos colores justos, esa prodigiosa factura, no pueden ser apreciados por los más; no está el público preparado para tanta profundidad. Son los cuadros que por aquí pintamos, mi buen amigo, algo así como pantallas y biombos. ¡Qué demonio! vale más componer versos y traducir á los clásicos, porque al fin se puede confiar mejor en la gloria de este modo, que no dedicando la aptitud á nuestras desventuradas telas.

Las dos filigranas quedaron expuestas, no obstante consejo tan caritativo. Produjo *la escena del comedor* una revolución en la pintura, siendo origen de todos los cuadros de género, cada vez más numerosos, y que hasta tal punto abundan en las exposiciones, que ya sospecha uno si se obtienen por procedimientos puramente mecánicos. Del retrato diremos que hay pocos artistas que no recuerden aquel lienzo viviente, donde la masa del público, alguna vez justa, respetó la corona que el propio Girodet había colocado. La multitud se amotinaba y atropellaba para admirar aquellas inspiraciones geniales. Algunos corredores y no pocos pretendidos cubrieronlas de oro; pero el artista rehusó obstinadamente venderlas y se negó á sacar copias. Ofrecieron enormes sumas para que permitiera grabarlas; los que tra-

caban en esto no corrieron mejor fortuna que los aficionados al arte. Se comprenderá que aquel suceso que entretenía á todo el mundo, no fuese tal, que hiciera irrupción en la pequeña Tebaida de la calle Saint-Denis. Sin embargo, la mujer del notario fué de visita á casa de la señora Guillaume, y hablando de la exposición, delante de Agustina, á quien amaba entrañablemente, explicó el objeto de aquel certamen. La cháchara de la señora Roguín inspiró á Agustina el deseo de ver los cuadros y el atrevimiento de rogar confidencialmente á su prima que le acompañase al Louvre. Su prima salió victoriosa en las negociaciones entabladas cerca de la señora Guillaume para alcanzar dos horas de permiso. La joven llegó, pues, cortando la muchedumbre, hasta la tela aplaudida. Al reconocerse, hízole temblar el estremecimiento que recorrió todo su ser, como tiembla la hoja de abedul. Tuvo miedo y volvió la vista alrededor buscando á la señora Roguín, de quien la había separado la oleada de gente. Sus ojos asustados tropezaron entonces con el sofocado rostro del pintor, que le trajo á la memoria la fisonomía de un paseante á quien había mirado muchas veces con curiosidad, creyéndole vecino nuevo.

—Ahí tiene usted lo que el amor me ha inspirado—murmuró el artista al oído de la tímida criatura, quien oyó como con espanto estas palabras.

Tuvo valor extraordinario para salir de la apretura y acercarse á su prima, muy atareada aún en atravesar la masa compacta que le impedía seguir adelante.

—Saldrias ahogada—exclamó Agustina;—vámonos.

Pero hay momentos en que dos mujeres no pueden discurrir á su gusto por las galerías del Salón. La señorita Guillaume y su prima se vieron empujadas hacia el segundo cuadro por consecuencia de los movimientos irregulares del gentío. La casualidad quiso que pudieran acercarse juntas á la tela aclamada por la moda, que por esta vez se manifestaba, como dejamos dicho, justa é inteligente. La exclamación de sorpresa que salió de labios de la Roguín fué á perderse en el ruido sordo y confuso que producían los murmullos de la gente; Agustina no pudo reprimir las lágrimas al ver aquella maravillosa escena. Después, obedeciendo á un sentimiento casi inexplicable, selló con el dedo sus labios, y obraba así dirigiéndose á la figura extática del artista, á quien descubrió á dos pasos de ella. Respondió el descon-

cido con un signo de cabeza y señaló á la mujer del notario, como tarasca, perturbadora de su alborozo, á fin de que viese Agustina que sabía comprenderla. Semejante mímica encendió una hoguera en el cuerpo de la pobre muchacha, quien se tuvo por culpable, figurándose que acababa de concertarse un pacto entre los dos. El calor, que sofocaba, el continuo desfile de los tocados más brillantes, el aturdimiento que le producían la justeza de los colores, la multiplicidad de figuras vivientes ó pintadas y la profusión de marcos de oro, le produjo un especie de mareo que aumentó su viva inquietud. Fácilmente hubiera sobrevenido un desmayo si, contra todo este caos de sensaciones, no se levantara de lo más recóndito de su corazón una alegría íntima, desconocida, que vivificó todo su ser. Empero se creyó bajo el imperio de ese demonio, cuyas terribles asechanzas le había predicho la tonante palabra de los predicadores. Vióse escoltada hasta el coche de su prima por aquel joven que se le presentaba resplandeciente de ventura y de amor. A punto de sufrir una fiebre jamás sentida, por la embriaguez que la entregaba de cierto modo en brazos de la naturaleza, Agustina prestó oídos á la voz elocuente de su alma y devolvió las miradas al joven sin disimular la turbación que se iba apoderando de su espíritu. Jamás había formado tan vivo contraste el carmín de sus mejillas con la blancura de su piel. El artista descubrió entonces aquella belleza en todo su florecimiento, aquel pudor en todo su brillo. Agustina sintió una mezcla de placer y de terror, pensando que su presencia embriagaba de felicidad al hombre de quien hablaban todos los labios y cuyo genio immortalizaba á perecederas imágenes. ¡Se veía amada! imposible dudarle. Cuando la visión había desaparecido resonaban aún en su corazón estas sencillas palabras: «Ahí tiene usted lo que el amor me ha inspirado.» Y las palpitaciones, más violentas ahora, parecíanle dolorosas, de tal modo su sangre más ardorosa despertábase en el ser fuerzas ignotas. Fingió padecer fuerte jaqueca, para no contestar á las preguntas de su prima relativas á los cuadros; pero de regreso, la señora Roguín no supo callar á la señora Guillaume la fama que había obtenido el Gato de la pelota, y Agustina tembló oyendo decir á su madre que iría al Salón con el objeto de ver su propia casa. La joven insistió de nuevo en que no se encontraba bien, y obtuvo permiso para ir á acostarse.

—Eso es lo que se gana con tales espectáculos—gritó el señor Guillaume,—jaquecas. ¡Cuidado que será divertido ver en pintura lo que se encuentra todos los días en nuestra calle! No se me ponderen esos artistas, que son, como los escritores, unos muertos de hambre. ¡Qué demonio de necesidad tienen de escoger mi casa para que sirva de vilipendio en sus cuadros?

—Eso podrá hacernos vender algunas varas más de tela—dijo José Lebas.

La observación no fué óbice para que las artes y las ideas sufrieran una condena más ante el tribunal del tráfico. Como debe presumirse, tales expresiones no lisonjearon las esperanzas de Agustina, quien se entregó durante la noche á larga meditación amorosa. Los incidentes del día representábaselos como un sueño que reprodujo placenteramente en su imaginación. Se inició en el juego de los sobresaltos, esperanzas y remordimientos, y en todas esas ondulaciones del sentir que debían arrullar un corazón sencillo y tímido como el suyo. ¡Qué vacía aquella casa negra y qué tesoro en su alma! Ser la mujer de un hombre de talento, compartir su gloria, ¿qué estragos no había de causar en el corazón de una niña educada en el seno de tal familia? ¿y qué esperanza no despertaría en una joven que, amamantada hasta allí en principios rudos, deseaba los goces de la vida elegante? Un rayo de sol había penetrado en la cárcel aquella. Agustina amó de improviso. Tantos sentimientos eran los adulados á una en su alma virgen, que sucumbió á su impulso sin darse cuenta. A los diez y ocho años no se interpone el amor entre el mundo y una joven apasionada. Incapaz de prever las rudas consecuencias de la alianza entre la mujer enamorada y el hombre de imaginación, creyóse llamada á labrar la dicha de éste, sin que descubriera obstáculo alguno que pudiera extraviarles en el camino. Todo lo porvenir se encerraba para ella en lo presente. Cuando volvieron al otro día del Salón sus padres, las caras apesadumbradas anunciaron viva contrariedad. De una parte, los dos cuadros habían sido retirados por el pintor, y de otra, la señora Guillaume acababa de perder su chal de cachemir. Fué la revelación de una delicadeza de sentimiento para Agustina el oír que las pinturas desaparecieron después de su visita á la Exposición, delicadeza que las mujeres saben apreciar siempre hasta por instinto.

La mañana en que, regresando de un baile, Teodoro de Sommervieux, tal era el nombre que la fama había llevado hasta el corazón de Agustina, fué rociado por los dependientes del Gato que pelotea, en tanto que él esperaba la aparición de su candorosa amiga, quien por cierto ignoraba la presencia del mozo, se veían sólo por cuarta vez los dos amantes, después de la escena que se ha descrito. Los obstáculos que el régimen de la casa oponía al carácter impetuoso del artista, hacían más violenta su pasión. ¿Cómo llegar hasta una muchacha sentada detrás del mostrador, entre dos mujeres tales como la señorita Virginia y la señora Guillaume? ¿Cómo conseguir la correspondencia, si su madre no la dejaba á sol ni á sombra? Hábil, como todos los amantes, en forjar desventuras, Teodoro se creaba un rival en uno de los mancebos y suponía á los otros inclinados á servir á éste. Si escapaba á tal número de Argos, veíase naufragando bajo los ojos severos del comerciante ó de la señora Guillaume. ¡Obstáculos en todas partes! ¡dondequiera desesperación! La misma violencia de su apasionamiento impedía al joven industriarse con esos recursos ingeniosísimos que parecen, tanto en los prisioneros como en los que aman, el último esfuerzo de la razón exaltada por un ansia salvaje de libertad ó por el fuego amoroso. Teodoro daba entonces vueltas por el barrio como si sufriera un vértigo de locura, como si el movimiento pudiera inspirarle alguna picardía. Por fin dió con la inocente, no sin haber atormentado mucho la imaginación, de comprar á peso de oro á la mosfetuda maritornes. Hubo, pues, cambio de cartas, aunque de tarde en tarde, durante la quincena que siguió á la malhadada mañana en que tan escrupulosamente se habían observado el artista y el señor Guillaume. Los dos amantes convinieron en verse á cierta hora del día y el domingo en Saint-Leu, en misa por la mañana y por la tarde en las vísperas. Agustina había mandado á su querido Teodoro una lista de parientes y amigos, cuyo trato procuró él conquistar para ver si atraía á su partido alguno de aquellos espíritus metalizados, comerciantes para quienes el amor puro debía parecer la especulación más monstruosa é inaudita. A pesar de todo ello, nada cambió en las costumbres del almacén del Gato de la pelota. Si Agustina estaba distraída; si, contra todo respeto á la constitución doméstica, subía á su cuarto para establecer, valiéndose de un jarro de flores, ciertas señales; si sus

piraba; si meditaba, en suma, nadie, ni aun su madre, lo notó. Sorprenderá esto á los que se hayan apoderado del espíritu que animaba aquella casa, donde es claro que debía provocar rudo contraste con los seres y las cosas, un pensamiento exuberante de poesía y donde á nadie le era permitido un gesto ni una mirada que no fueran cazados al vuelo. Era, sin embargo, muy natural: el buque tranquilo que navegaba por el mar revuelto de la plaza de París, bajo el pabellón del Gato que pelotea, era presa de una de esas tormentas que podríamos llamar equinociales, á causa de su repetición periódica. Llevaban quince días, los cinco hombres de la tripulación y la señora Guillaume y la señorita Virginia, de entregarse á ese trabajo excesivo que se conoce con el nombre de inventario. Removíanse todos los fardos, se verificaba la medición de las piezas para comprobar el valor exacto de los retales. Se examinaba cuidadosamente la etiqueta de los paquetes para saber con firmeza la época en que los paños se adquirieron. Fijábase el precio á que debían venderse. Siempre en pie, derecho, con la vara en la mano y la pluma tras la oreja, el señor Guillaume parecíase á un capitán en el momento de dirigir las maniobras. Su voz vibrante, interrogando á través de las escotillas de los almacenes del subterráneo, dejaba oír las bárbaras expresiones comerciales que parecen jeroglíficos: «—¿Cuántos H-N-Z?—Concluído totalmente.—¿Queda algo de Q-X?—Dos anas.—¿Valor?—Cinco-cinco tres.—Carguen á tres A toda la existencia J-J, la M-P y el resto de V-D-O.» Otras mil frases, tan ininteligibles, silbaban por los mostradores, como composiciones poéticas que los románticos recitaran á fin de conservar el entusiasmo por uno de sus ídolos. Encerrado por la noche Guillaume con su dependiente y con su esposa, saldaba las cuentas, abría otras nuevas, escribía á los morosos y rectificaba varias facturas. Los tres preparaban aquella labor incalculable, cuyo resultado aparecía sobre las columnas del papel comercial, probando á la casa Guillaume que tenía existencias de tanto en plata, cuanto en mercaderías, esto en letras de cambio puestas al giro ó en pagarés; que no debía un céntimo y que, en cambio, se le adeudaban cien ó doscientos mil francos; que había aumentado el capital; que las granjas, las casas y las rentas iban á redondear el crédito, á igualarlo, ó á doblarlo. De tales comprobantes resultaba que era necesario comenzar de nuevo y con más ardor que nun-

ca á apilar escudos, sin que les ocurriera á las infatigables hormigas decirse: Y después de todo ¿para qué?

Aprovechándose de esta balumba que sobrevénia todos los años, escapaba la feliz Agustina de la vigilancia de sus Argos. Un sábado por la tarde terminó el inventario. La suma del activo ofreció bastantes ceros para que, en circunstancia tan feliz, no se levantara la consigna severa que imperaba todo el año en lo tocante á los postres de la comida. El cazurro pañero se frotó las manos y permitió á los mancebos que continuasen sentados á su mesa. No habían acabado de beber todos estos hombres su vaso de vino, cuando se oyó en la calle la trepidación de un coche. La familia fué á Variedades, donde se representaba «Cendrillon», mientras que los dos mancebos inferiores recibieron cada cual un escudo fuerte de seis francos y el oportuno permiso para ir donde les viniere en gana, con tal que á media noche se encontrasen dentro del caserón.

Este exceso en sus costumbres no impidió que á la mañana siguiente el viejo se afeitara á las seis, vistiérase luego aquel traje color *marrón*, cuyo brillo le encantaba siempre, fijara las hebillas de oro en los ojales de sus calzones de seda, y después, á eso de las siete, cuando todo dormía aún en la casa, se dirigiera hacia su despacho interior que se hallaba junto al almacén del primer piso. Entraba la luz por una vidriera protegida por gruesos barrotes de hierro y que daba á un patio cuadrado construído con muros tan negros, que más que patio parecía un pozo. El viejo abrió aquel á modo de palomar cubierto de musgo y levantó hasta la mitad el portillo, haciéndolo deslizar por la ranura. El aire de fuera, helado, refrescó la atmósfera tibia del gabinete, de donde se exhalaba el olor peculiar á todas las oficinas. Permaneció en pie con la mano sobre el brazo grasiento de un sillón de mimbre con incrustaciones de tafíete (en que el color primitivo se había borrado), y se diría que vacilaba en sentarse. Contempló enternecido la mesa de doble pupitre, donde el sitio de su mujer se hallaba indicado, enfrente del suyo, por un semiarco practicado en la pared; echó una ojeada á las cartulinas numeradas, á los bramantes, á los sellos para marcar las telas, á la caja (utensilios y objetos todos de origen inmemorial), y le pareció que veía delante la sombra del señor Chevrel. Echó mano del taburete en que se había sentado, tiempos atrás, delante de su difunto amo. Guarnecido

de cuero negro y escapándosele la crin por los lados, pero sin salir en absoluto, colocó el armatoste en el mismo sitio en que su predecesor lo puso cierto día memorable; después, presa de agitación que fuera difícil describir, hizo sonar el timbre que comunicaba con la cabecera de la cama de José Lebas.

Dado este golpe decisivo, el anciano, para quien tales recuerdos fueron sin duda muy tristes, cogió tres ó cuatro letras últimamente presentadas, y mirólas sin verlas, casi al mismo tiempo en que su inferior se ponía á sus órdenes.

—Siéntese usted ahí—le dijo Guillaume señalando el taburete.

Como era la primera vez que el amo daba tal muestra de confianza á su dependiente, José Lebas vaciló.

—¿Qué me dice usted de estas libranzas?—preguntó Guillaume.

—No las abonarán.

—¿Cómo que no?

—He sabido que Etienne y compañía hicieron anteayer sus pagos en oro.

—¡Oh, oh!—exclamó el trapero—es preciso no encontrarse bien para no tragar bilis. Hablemos de otra cosa. José, hemos concluído el inventario.

—Sí, señor, y me parece que nunca alcanzó usted dividiendo tan hermoso.

—No emplee usted nunca esos terminachos nuevos. Diga usted producto, José. ¿Y sabe usted que le debemos no poco de tan feliz resultado? De manera que no quiero, en adelante, verle sujeto á salario alguno. La señora Guillaume ha tenido la idea de que le haga participe en el negocio. ¡Diablo, José! ¿No constituirían los nombres de Guillaume y Lebas una razón social admirable? No digo nada si se añadiera y *compañía* para redondear la firma.

Asomaron las lágrimas á los ojos del interpelado, quien se esforzó en contenerlas.

—¡Ah, señor Guillaume! ¿Qué hice yo para conquistar tales beneficios? He cumplido con mi deber. ¡Pues no era poco ver que les mereciera interés un pobre huérf...

Limpiaba su manga izquierda frotándola con la derecha y no osaba mirar al anciano, que sonreía pensando que el tímido joven tenía necesidad, como le ocurriera á él en época lejana, de ser animado para completar la explicación.

—Sin embargo—continuó el padre de Virginia—no merece usted gran cosa este favor, José. No deposita usted tanta confianza en mí como yo en sus aptitudes. (El dependiente levantó azorado la cabeza). Posee usted los secretos de mi caja. Hace dos años que no oculto á usted casi ningún negocio. Le he mandado en comisión á las fábricas. En fin, no le callo nada. Pero usted... usted no me ha hablado palabra de cierto apasionamiento... (José Lebas se ruborizó). ¡Cáspita! ¿Crea usted que era fácil engañar á un zorrastrón como éste? ¡A mí, habiéndome visto pronosticar la bancarrota de Lecocq!

—¿Cómo, señor?—respondió José Lebas estudiando á su amo de la misma manera que su amo á él.—¿Cómo? ¿sabe usted á quién amo?

—Todo lo sé, tuno—dijo el astuto cuanto respetable mercader, retorciéndole la oreja.—Y perdono: al fin y al cabo, yo he hecho lo mismo.

—¿Y me la entrega usted?

—Sí, con cincuenta mil escudos; te dejaré otro tanto y giraremos bajo otra razón social. Aun tenemos que husmear nuevos negocios, muchacho—añadió el viejo levantándose y braceando.—Desengáñate, yerno, no hay nada como el comercio. Los que preguntan qué placeres hay en negociar son unos imbéciles. Ir á caza de los negocios; saber imperar sobre la plaza; esperar ansiosamente, como en el juego, si los Etienne y compañía quiebran; ver cómo pasa un regimiento vestido con nuestra ropa; echar la zancadilla al vecino, lealmente, por supuesto; seguir un negocio que se prepara, que empieza, que se agranda, que vacila y que acaba por deparrarnos el triunfo; conocer, como un jefe de policía, todos los recursos de las casas de comercio, para no dar paso alguno en falso; mantenerse de pie durante los naufragios generales; tener amigos, por correspondencia, en todas las ciudades fabriles: ¿no hay ahí una distracción perpetua, José? ¡Eso es vivir, eso! Moriré envuelto en ese tráfico, como el viejo Chevrel, y muy á mi gusto, digan lo que quieran.

En lo más fuerte de su improvisación no había tenido tiempo de observar que su dependiente lloraba á lágrima viva.

—Eh, José, muchacho, ¿qué tienes?

—¡Ah! Es tanto lo que la adoro, señor Guillaume, que mi corazón desfallece.

—Pues mira, eres más feliz de lo que crees, demonio, puesto que también te ama ella. Yo lo sé, yo.

Y guiñó sus diminutos y verdes ojos mirando á su dependiente.

—¡La señorita Agustina! ¡la señorita Agustina!—gritó José Lebas sin poder reprimirse.

Iba á lanzarse fuera de la habitación, cuando se sintió agarrado por un brazo de hierro. Su amo, estupefacto, le condujo otra vez á su presencia.

—¿Qué diablos tiene que ver Agustina en este asunto?—preguntó Guillaume, y su voz heló la sangre del desgraciado José Lebas.

—¿No es á ella... á quien... á quien amo?—dijo balbuceando.

Desconcertado por su falta de perspicacia, volvió Guillaume á sentarse, y con su puntiaguda cabeza entre las manos púsose á reflexionar acerca de la rara situación en que se hallaba. Lebas, con la vergüenza en el rostro y la desesperación en el alma, permaneció de pie.

—José—continuó el negociante con acento de fría dignidad,—yo hablaba de Virginia. En amor no se manda, lo sé. Conozco la discreción de usted, y olvidaremos este incidente. Jamás consentiré que se case Agustina antes que Virginia. Llevará usted en el negocio de la casa un diez por ciento.

Tomó la palabra el mancebo, á quien el amor prestó valor é inspiró elocuencia; habló durante un cuarto de hora á Guillaume con tanto ardor y sentimiento, que la situación fué, á poco, otra. Tratárase de un asunto comercial y no le faltaran al comerciante reglas fijas para resolver; pero á mil leguas del comercio, perdido en el mar de los sentimientos y sin brújula, fluctuó irresoluto ante caso tan original, como decía él. Arrastrado por su bondad paternal, no hizo más que decir desatinos.

—¡Diantre, José! No ignoras tú que entre mis dos hijas hay diez años de diferencia. La señorita Chevrel no era guapa, y, sin embargo, no tiene por qué quejarse de mí. Sigue mi ejemplo. En fin, no llores, ¿eres tonto? ¿Qué quieres? Quizás tenga arreglo el asunto, ya veremos. Siempre hay manera para salir de los compromisos. No hemos de estar á todas horas como tortolitos con nuestras mujeres. ¿Me entiendes? La señora Guillaume es mojigata y... Vamos, ¡voto

al demonio! da esta mañana, hijo mío, el brazo á Agustina cuando vayamos á misa.

Tales fueron las frases que soltó incoherentemente Guillaume. El final encantó á su dependiente: pensó en proponer á un amigo que hiciera la corte á Virginia, saliendo del gabinete alucinado, después de estrechar la mano á su futuro suegro y diciéndole con aire de inteligencia que todo se arreglaría de la mejor manera posible.

—¿Qué pensará de esto la señora Guillaume?—Atórméntole esta idea obstinadamente cuando se vió solo.

Durante el almuerzo, la señora Guillaume y Virginia, á quienes previsoramente había ocultado el pañero su contrariedad, miraron con maliciosa intención á José Lebas, quien no pudo menos de turbarse. Aquel sonrojo le conquistó la simpatía de la suegra. La matrona se puso tan alegre, que miró sonriendo á su marido y se permitió algunas chanzonetas de uso inmemorial en estas inocentes familias. Sacó á relucir la igualdad de estaturas de Virginia y de José para obligarles á que se midiesen. Semejantes tonterías preliminares nublaron la frente del jefe de la casa, y fingió tal prurito por el decoro, que ordenó á Agustina que aceptase el brazo del primer dependiente cuando se dirigieron á Saint-Leu. Admirada de esta delicadeza masculina, la señora Guillaume honró á su marido con un gesto de aprobación. La comitiva salió, pues, de la casa con orden tan perfecto, que no podían maliciar lo más leve los vecinos.

—¿No le parece á usted, señorita Agustina—dijo el dependiente con voz trémula,—que la mujer de un comerciante tan rico, por ejemplo, como el señor Guillaume, podría divertirse algo más de lo que se divierte su madre de usted, llevar piedras preciosas, ir en coche...? ¡Oh! si yo me casara, no querría que mi mujer trabajase; querría verla feliz. No la sujetaría al mostrador. Crea usted que no son las mujeres tan imprescindibles en las tiendas, como lo eran antes. El señor Guillaume ha hecho muy bien en hacer lo que ha hecho, tanto más cuanto que era á gusto de su esposa. Pero con que la mujer sepa ayudar un poco á la contabilidad, á la correspondencia, á los pormenores, á los encargos, al arreglo de la casa, sólo para que no esté ociosa, con eso basta. A las siete, en cerrando la tienda, iré á divertirme; al teatro; á alternar con las gentes. Pero usted no me escucha.

—Sí tal, José. ¿Qué piensa usted de la pintura? Es un arte muy bello.

—Sí, conozco á un maestro pintor de habitaciones que posee un capitalito.

Platicando así, llegóse á la iglesia de Saint-Leu. Allí recobró la señora Guillaume sus derechos y mandó por primera vez á Agustina que se colocase á su lado. Virginia tomó asiento en la cuarta silla, junto á Lebas. Durante la plática del cura todo fué á pedir de boca para Agustina y Teodoro, quien, de pie detrás de una columna, rogaba á su virgen con fervor; pero al levantar el cáliz, notó la señora Guillaume, aunque algo tarde, que Agustina tenía el devocionario al revés. Se disponía á regañarla severamente, pero bajó antes su velo, interrumpió su lectura y atizó la dirección que tomaban los ojos de su hija. Con auxilio de las gafas, vió al artista, cuyo porte elegante y profano denunciaban más pronto á cualquier capitán de caballería en uso de licencia que á un comerciante del barrio. Es difícil imaginar la violenta situación de la señora Guillaume, que se vanagloriaba de haber educado perfectamente á sus hijas, cuando descubrió aquel amor clandestino, cuyo peligro exageró su gafeña y su ignorancia. Creyó á su hija gangrenada hasta el corazón.

—Ponga usted su libro bien, señorita—dijo en voz baja, pero temblando de cólera. Arrancó violentamente el devocionario acusador y lo puso de manera que las letras recobrasen su posición natural.—Que no se le ocurra á usted levantar la vista de las oraciones—añadió,—pues de otro modo se las entenderá conmigo. Después de la misa, su padre y yo tenemos que hablar á usted.

Cayeron estas palabras como un rayo en la pobre niña. Sintióse desfallecer, pero tuvo esfuerzos para reprimir su angustia venciendo á lo agudo del dolor el recelo de promover un escándalo en lugar tan sagrado. Era fácil, sin embargo, descubrir su pena viendo cómo le temblaba el devocionario en las manos y cómo humedecían las lágrimas cada página que iba volviendo.

La mirada rabiosa que dirigió la señora Guillaume al artista hizole medir el abismo en que se precipitaban sus amores, y salió de la iglesia con la rabia en el corazón y decidido á cortar por lo sano.

—Vaya usted á su cuarto, señorita—dijo á su hija la se-